

# Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Española

RAMÓN DE CAMPOAMOR  
(1817-1901)

EL TREN EXPRESO

LA NOCHE

(Continuación)

## V

¡Cosa rara! Entretanto,  
al lado de mujer tan seductora  
no podía dormir, siendo yo un santo  
que duerme, cuando no ama, a cualquier hora.  
Mil veces intenté quedar dormido,  
mas fué inútil empeño;  
admiraba a la joven, y es sabido  
que a mí la admiración me quita el sueño.  
Yo estaba inquieto, y ella,  
sin echar sobre mí mirada alguna,  
abrió la ventanilla de su lado,  
y como un ser prendado de la luna,  
miró al cielo azulado,  
preguntó, por hablar, qué hora sería,  
y al ver correr cada fugaz estrella,  
—¡Ved un alma que pasa!—me decía.

## VI

—¿Vais muy lejos?—con voz ya conmovida  
le pregunté a mi joven compañera.  
—¡Muy lejos—contestó—; voy decidida  
a morir a un lugar de la frontera!  
Y se quedó pensando en lo futuro,  
su mirada en el aire distraída,  
cual se mira en la noche un sitio oscuro  
donde fué una visión desvanecida.  
—¿No os habrá divertido—  
la repliqué galante—  
la ciudad seductora  
en donde todo amante  
deja recuerdos y se trae olvido?  
—¿Lo traéis vos?—me dijo con tristeza.  
—Todo en París lo hace olvidar, señora—  
le contesté—: la moda y la riqueza.  
Yo me vine a París desesperado,  
por no ver en Madrid a cierta ingrata.  
—Pues yo vine—exclamó—, y hallé casado  
a un hombre ingrato a quien amé soltero.  
—Tengo un rencor—le dije—que me mata.  
—Yo una pena—me dijo—que me muero.  
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,  
siendo su mente espejo de mi mente,  
quedándose en silencio un grande rato,  
pasó una larga historia por su frente.  
Como el tren no corría, que volaba,  
era tan vivo el viento, era tan frío,  
que el aire parecía que cortaba;  
así el lector no extrañará que, tierno,  
cuidase de su bien más que del mío;  
pues hacía un gran frío, tan gran frío,  
que echó al lobo del bosque aquel invierno,  
y cuando ella, doliente,

con el cuerpo aterido  
—¡Tengo frío!—me dijo dulcemente,  
con voz que, más que voz, era un balido,  
me acerqué a contemplar su hermosa frente  
y os juro por el cielo  
que a aquel reflejo de la luz. escaso,  
la joven parecía hecha de raso,  
de nácar, de jazmín y terciopelo.  
Y creyendo invadidos por el hie'lo  
aquellos pies tan lindos,  
desdoblando mi manta zamorana,  
que tenía más borlas verde y grana  
que todos los cerezos y los guindos  
que en Zamora se crían,  
cual si fuese una madre cuidadosa,  
con la cabeza ya vertiginosa,  
le tapé aquellos pies, que bien podrían  
ocultarse en el cáliz de una rosa.

## VII

¡De la sombra y el fuego al caroscuro  
brotaban perspectivas espantosas,  
y me hacía el efecto de un conjuro  
el ver reverberar en cada muro  
de la sombra las danzas misteriosas!...  
¡La joven, que acostada traslucía,  
con su aspecto ideal, su aire sencillo,  
y que, más que mujer, me parecía  
un ángel de Rafael o de Murillo!  
¡Sus manos por las venas serpenteadas,  
que la fiebre abultaba y encendía,  
hermosas manos, que a tener cruzadas  
por la oración habitual tendía!...  
¡Sus ojos, siempre abiertos, aunque a oscuras,  
mirando al mundo de las cosas puras!  
¡Su blanca faz de palidez cubierta!  
¡Aquel cuerpo a que daban sus posturas  
la celeste fijeza de una muerta!...  
¡Las fajas tenebrosas  
del techo, que irradiaba tristemente  
aquella luz de cueva submarina,  
y esa continua sucesión de cosas,  
que así en el corazón como en la mente  
acaban por formar una neblina!...  
¡Del tren expreso la infernal balumba!...  
¡La claridad de cueva que salía  
del techo de aquel coche, que tenía  
la forma de la tapa de una tumba!...  
¡La visión triste y bella  
del sublime concierto  
de todo aquel sublime desconcierto,  
me hacían traslucir en torno de ella  
algo vivo rondando un algo muerto!

(Continuará)